

UN RÍO DE

POR OLIVIA PRIVITERA. ILUSTRACIONES DE NACHA VOLENWEIDER. En Rosario se activa una de las células de esta gente que nos propone a todos dejar fluir la mano que mece el lápiz, asegurando que con ella fluirán el pensamiento, el placer, la memoria y el autoconocimiento.

“Producir lo ciego, hacer cosas que no sabemos qué son” (T. Adorno)

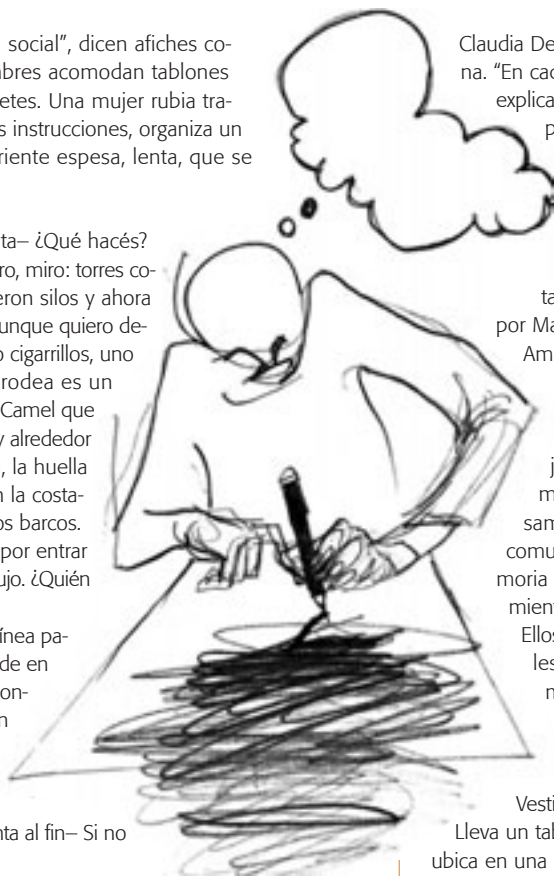
El dibujo es capital social”, dicen afiches colorados. Dos hombres acomodan tabloncitos sobre unos caballetes. Una mujer rubia traza líneas, puntos, da algunas instrucciones, organiza un espacio frente al río, la corriente espesa, lenta, que se mueve a mis espaldas.

Suena el celular. Atiendo:

-¿Dónde estás? –me pregunta– ¿Qué hacés?
Sentada en un cantero, espero, miro: torres coloradas que alguna vez fueron silos y ahora son partes de un museo. Y aunque quiero dejar de fumar, prendo y apago cigarrillos, uno tras otro. El suelo que me rodea es un campo de batalla: colillas de Camel que parecen soldaditos muertos y alrededor de cada uno, como un aura, la huella de mi zapatilla. Cuerpitos en la costanera rosarina. La sirena de los barcos.
-No, nada –contesto– Estoy por entrar a un evento del Club del Dibujo. ¿Quién sos?

Silencio. Del otro lado de la línea parecen pensar. La escena sucede en el MACRO (Museo de Arte Contemporáneo de Rosario), en la última velada de los jueves de Mediodía / Medianoche del Palais de Tokyo.

-¿El Club del Dibujo? –pregunta al fin– Si no sabés dibujar.



Claudia Del Río, artista rosarina y fundadora del Club, es la anfitriona. “En cada mesa, separadas por 40 cm. tienen que ir las hojas”, explica, y me da las chinchas. Hago la tarea lo más prolijo y rápido que puedo. Ya llegan los primeros dibujantes. Una ráfaga de viento hace temblar a los papeles, una especie de latido, la expectativa de ser parte de una obra que los excede, de convertirse por un rato en la forma física del Club.

El Club del Dibujo es “un espacio de protección de esta especie particular llamada dibujo” (*) fundado en 2002 por Mario Gemín (Mar del Plata), Claudia Del Río (Rosario) y América Sánchez (Barcelona).

“Propone la idea del dibujo como herramienta de pensamiento, placer, comunicación, memoria y autoconocimiento.” (*)

Ellos dicen: “Estamos interesados en los estados emocionales que el arte crea”, “dibujar es un hecho político en sí mismo. Estar quieto, concentrado, buscando tu modo de dibujar, dispone al cuerpo y al ánimo contra la aceleración y la masividad. A partir de un lápiz y un papel se puede comenzar.” (*)

Vestido de traje y sandalias blancas, un señor mira, pregunta.

Lleva un tablero bajo el brazo. “Me lo prestó mi nieta”, cuenta, y se ubica en una mesa. Saca sus instrumentos, prolijo, como un cirujano, los acomoda y hace las primeras incisiones. Un quirófano al aire libre, pienso y lo miro hacer su retrato tranquilo.

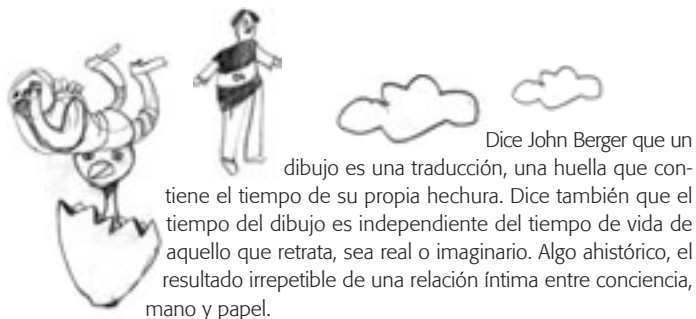
Tres chicos, mochila escolar, cartuchera con lápices ajustados, se sientan cerca. Juntos diseñan un universo fabuloso de animales, guerreros y árboles enormes que se enredan en las cosas. Un trío de jóvenes Boscos que en el centro del mundo dibujaron un pájaro tricéfalo alimentando de su pico a los pequeños habitantes.

“Sentate por ahí”, sugiere Claudia y me da un lápiz.



Frente a la hoja en blanco con la consigna “Dibujá ya”, estoy bloqueada. Había venido hasta acá para escribir. Además, como advertía la voz en el teléfono, no sé dibujar. Pero al rato, inspirada por el viento, empiezo a bosquejar un mantel a cuadros volando en una playa.

Frente a mí se instala un grupo de estudiantes de arte y ensaya diferentes técnicas de las que nacen paisajes, historias, seres animados, prácti-



Dice John Berger que un dibujo es una traducción, una huella que contiene el tiempo de su propia hechura. Dice también que el tiempo del dibujo es independiente del tiempo de vida de aquello que retrata, sea real o imaginario. Algo ahistórico, el resultado irrepetible de una relación íntima entre conciencia, mano y papel.

En la explanada del museo que da al Paraná ya están armadas las 40 mesas. El horizonte, el día nublado y los sauces que caen sobre el agua recuerdan a una pintura de Cándido López. Dos chicas pegan, con chinchas, papeles con tres divisas: “Estés donde estés podés dibujar”; “¡Dibujá ya!” ; “Si no dibujo me desmayo.” Dejo las colillas en paz y me acerco. No sé dibujar pero puedo pegar papeles.

camente vivos. Está por llover.

En un tacho, Claudia diluye tiza. El cielo sigue pesado sobre los silos multicolores.

El viento paró.

El río se puso fosforescente.

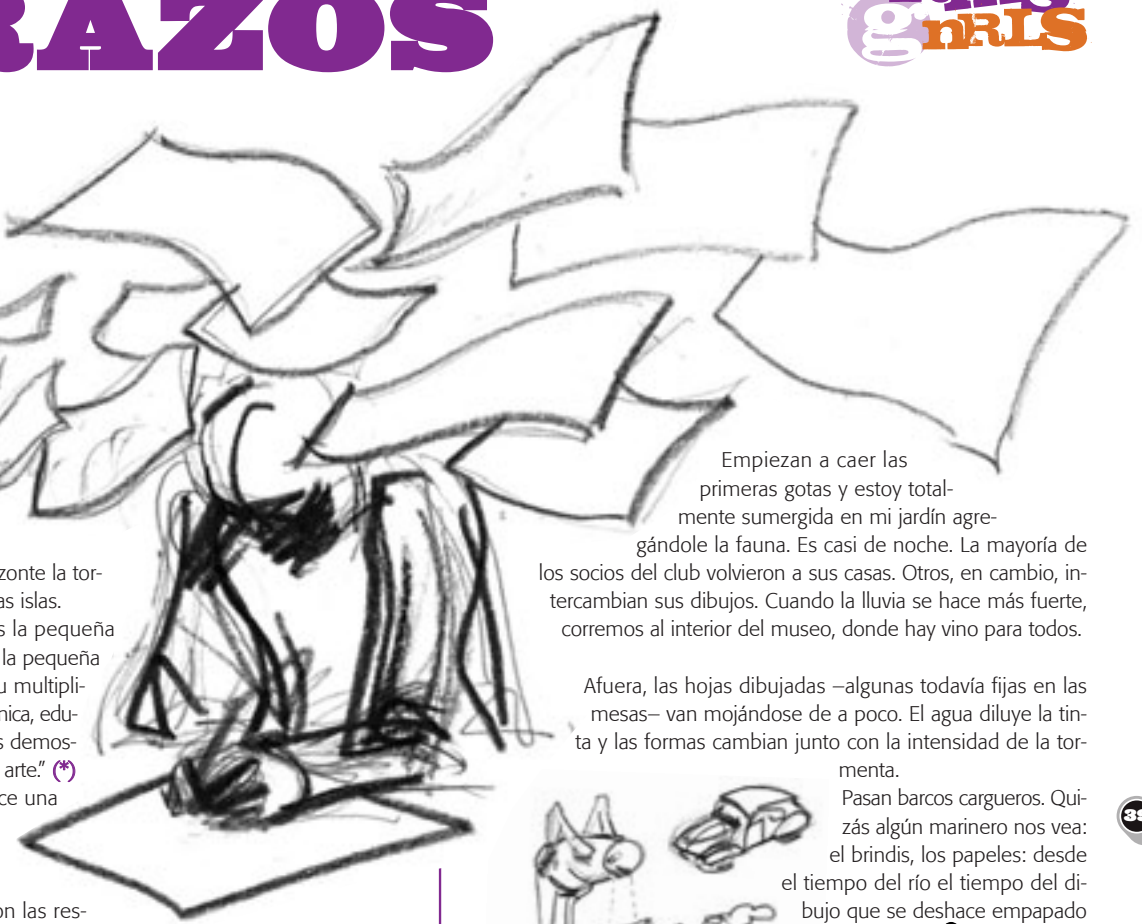
Entre la ciudad y el horizonte la tormenta se enrosca con las islas.

"La biología del Club es la pequeña comunidad buscando a la pequeña comunidad y que, en su multiplicación doméstica, electrónica, educativa, institucional, es demostración de la función del arte." (*)

"Vayan con la seño", dice una señora.

"Yo no soy la seño", dice Claudia.

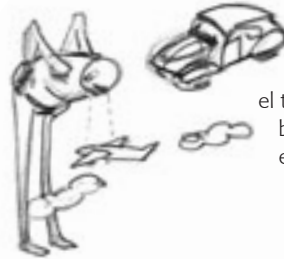
"El dibujo comparte con las restantes disciplinas la capacidad artística de la creación de imágenes que explican y generan una forma de entender la ordenación de lo real, un marco de percepción." (*)
- "Bueno, es una forma de decir", dice la señora, y le deja los hijos a Claudia que, con la tiza diluida, invita a hacer figuras en el piso.



Empiezan a caer las primeras gotas y estoy totalmente sumergida en mi jardín agredándole la fauna. Es casi de noche. La mayoría de los socios del club volvieron a sus casas. Otros, en cambio, intercambian sus dibujos. Cuando la lluvia se hace más fuerte, corremos al interior del museo, donde hay vino para todos.

Afuera, las hojas dibujadas –algunas todavía fijas en las mesas– van mojándose de a poco. El agua diluye la tinta y las formas cambian junto con la intensidad de la tormenta.

Pasan barcos cargueros. Quizás algún marinero nos vea: el brindis, los papeles: desde el tiempo del río el tiempo del dibujo que se deshace empapado en los tablones. (1)



39



raíces, hojas de sanseveria, hasta que al final el conjunto parece un jardín.

"Su sencilla naturaleza y el grado de desnudez al que nos lleva, conmueve. Es un símografo, y es portátil". (*)

Felices e insospechados

Por Claudia Del Río

Me gustan las instituciones. Más de tres hacen una. Alto presupuesto, bajo... Son circunstancias. Hay una definición bien política en construir instituciones a escalas diferentes a lo que se cree que deben ser.

Lugares de conversación e intercambio. Espacios que me responden cierta pregunta acerca de la función de la cultura del arte.

De chica, entre los 8 y los 12 años, armé la Biblioteca El Saber, que funcionaba en mi casa. Leía para la familia un noticiero con salidas diarias, siguiendo el modelo que me daba la tele. Y una sala de teatro en el living. Una suerte de centro cultural.

¿Cuál fue mi inspiración? Ciertas revistas políticas que había en mi casa donde se escribía mucho, con fotos sobre el Instituto Di Tella.

El Club del Dibujo se origina como un encuentro de amigos. Mario (Gemín, uno de los fundadores del Club del Dibujo) pronunció por primera vez la palabra Club en una muestra de Dibujos en el Auditorium que organizó El Vasco (Daniel Besoytaorube, artista y gestor que formó parte del Club).

Conocíamos el Manifiesto que América Sanchez y Norberto Chaves escribieron en 1979. El Manifiesto es una maqueta de nuestro inicio. Hicimos de ese texto una máquina y un cuerpo. Los efectos: felices e insospechados.

(*) Frases extraídas de la plataforma del Club del Dibujo.